

IN MEMORIAM

P. Manuel Quera Fons S.I.

ESTUDIOS ECLESIASTICOS está de luto por el inesperado fallecimiento del P. Manuel Quera, su infatigable y solícito secretario durante diecinueve años, en el Colegio de San Cugat del Vallés, el 13 de octubre de 1965. Bien que su edad, cerca ya de los setenta y nueve años, estaba últimamente bastante quebrantada por insidiosa enfermedad, había superado felizmente dos intervenciones quirúrgicas; pero en su acusada debilidad física un súbito colapso cardíaco ponía fin a su existencia terrestre hacia las ocho de la noche del dicho día 13 de octubre.

Nacido el P. Quera en Barcelona el 3 de diciembre de 1886, alumno del Colegio de S. Ignacio, de Sarriá, y cursados tres años en la Escuela de Ingenieros y en la Universidad, entró en la Compañía de Jesús en 1906. Cursados los estudios ordinarios en la Orden y ordenado sacerdote en 1918 residió en Sarriá, ya convertido en Colegio Máximo, hasta la dispersión de la Compañía en 1932, como bibliotecario y escritor, y además dos años como profesor de Teología dogmática, cargo que no pudo continuar por dificultad auditiva, que se le iba accentuando. Mucho le debe la Biblioteca general de las Facultades de Teología y Filosofía de la antigua provincia de Aragón, ahora Tarraconense; y también en particular la especial del Teologado, por la que se había ya preocupado el P. Quera siendo estudiante, y organizó y enriqueció con las aportaciones subsidiarias de su buen padre. Como escritor colaboró asiduamente en la Enciclopedia Espasa, en ESTUDIOS ECLESIASTICOS, en *Manresa* y otras revistas. Durante la dispersión de la Compañía permaneció en Barcelona, siendo desde 1932 hasta 1936 director de *Perseverancia e Información anti-atea*, que redactaba casi él solo. Escondido durante la guerra, pudo pasar a Italia en 1938, y estuvo una temporada en Roma, ayudando al P. José M. March. En 1939 volvió a Sarriá, colaborando como antes en diversas revistas, hasta que en 1946 fue nombrado secretario de la nuestra.

Cuánto le debe ESTUDIOS ECLESIAÍSTICOS al P. Quera en su cargo, oscuro y de poca apariencia a primera vista, no es fácil ponderarlo. La laboriosidad, inteligencia y entrega con que a ella se dedicaba las han apreciado cuantos con él han convivido estos diecinueve años como miembros del Consejo de dirección, redactores o colaboradores, aparte los señores gerentes de la Editorial, que han elogiado calurosamente su labor como de «gran secretario de la revista». A él debe ante todo el índice bibliográfico *Literatura eclesiástica española*, que ha sido muy apreciado, así en España como en el extranjero. Aunque ayudado en parte por los redactores y colaboradores de la revista, bien puede llamarse obra suya, no sólo porque gran parte de las fichas las tomaba él directamente, sino principalmente por el trabajo de organización y sistematización, obra personal del P. Quera.

En cuanto a su producción literaria en el campo teológico y eclesiástico, pueden señalarse varios artículos publicados en nuestra revista, ya desde los años anteriores sobre cuestiones sacramentarias, principalmente sobre el contricionismo y atricionismo y el valor del Decreto «pro Armenis» del Concilio Florentino en relación con el Sacramento del Orden. Sobre la misma materia del contricionismo escribió en *Analecta sacra Tarraconensia* (1928): «De attritionismo et contritionismo in scholis usque ad tempus S. Thomae tradito». En la misma revista, en el número dedicado al centenario del Concilio de Efeso (1931), publicó *Un esbós del Concili d'Efes*. Entre los artículos escritos por el P. Quera en la Enciclopedia Espasa merece especial mención el dedicado al Concilio Vaticano I. En el sector de la Teología espiritual prestó un buen servicio con la traducción al castellano de las meditaciones de los Ejercicios espirituales de S. Ignacio, de la magna obra del P. Ignacio Casanovas, y varios artículos y opúsculos sobre los orígenes del libro del Santo, además de su colaboración ya citada a *Manresa*.

Hombre bondadoso, de carácter afable y comunicativo, a pesar del inconveniente que podía suponer la enfermedad del oído, que soportó con tranquilidad y notable paciencia, de piedad sencilla y sólida, muy observante de la disciplina religiosa, era la alegría de la comunidad en que residía. Ni dejaba de practicar con asiduidad los ministerios espirituales que las circunstancias le permitían. Sin acobardarse por las dificultades, supo aprovechar para la gloria de Dios las dotes que El le había comunicado, con laboriosidad inteligente y constante. El le habrá premiado al siervo bueno y fiel.

JOSÉ M. DALMAU. S. I.